

Jordi MALUQUER DE MOTES, *España en la crisis de 1898. De la Gran Depresión a la modernización económica del siglo XX*, Península, Barcelona, 1999, 233 pp.

La cosecha historiográfica alrededor del 98 ha sido, como todos sabemos, muy generosa. Muchos hemos sido los que hemos aprovechado la conmemoración del Desastre para reflexionar sobre la historia contemporánea española, desde la perspectiva privilegiada de una fecha cargada de significados para los coetáneos y para sus sucesores. Pero entre todos los que hemos utilizado así el centenario, con la intención sin duda de desbordar las audiencias habituales de los libros de historia, destaca la coherencia y oportunidad del Profesor Maluquer de Motes. No sólo porque en su caso la cuestión colonial no es un tema nuevo, ni por tanto la pérdida de las colonias una (respetable) oportunidad para acercarse a otros objetos historiográficos conexos, sino porque, como él mismo revela en su introducción, ha dedicado buena parte de la década de 1990 a acercarse a diferentes aspectos de la Guerra de Cuba y del fin del Imperio. Son muchos los temas que presenta —desde los costes de la guerra a su impacto sobre la industria, pasando por la financiación, los problemas monetarios, el comercio exterior...—, acompañados de una introducción breve y unas sensatas conclusiones, en el libro que aquí comentamos. Con una redacción clara, concisa y ágil, Maluquer revisa y sistematiza la información cuantitativa y cualitativa disponible y ofrece un catálogo de tesis que serán, de ahora en adelante, el punto de partida ineludible de cualquier análisis sobre la economía española y la guerra de 1898. El primer capítulo del libro, que lleva el título de «Las alternativas a la guerra», versa no sobre las posibilidades de la política colonial a finales del siglo XIX —que es lo que uno esperaría encontrar bajo ese encabezamiento— sino sobre la evolución de la cotización de los distintos tipos de deuda pública «bélica» entre 1895 y 1898. De ese análisis se desprende que sus caídas más pronunciadas en Bolsa coincidieron con las amenazas de intervención estadounidense y con su materialización en abril de 1898. No parece por tanto que en los medios financieros, a los que no podemos suponer desconectados de la clase política, existieran grandes expectativas de triunfo en la guerra, conclusión que incide en la necesidad de reflexionar sobre las «alternativas» políticas existentes frente al problema cubano.

El segundo capítulo evalúa los costes humanos de la guerra en Cuba entre 1895 y 1898. Maluquer revisa las diversas cifras de militares y civiles muertos según la historiografía actual para presentar por último sus estimaciones sobre bajas (175.000 residentes y 45.000 militares). La argumentación de Maluquer es, en este terreno y con la información existente, sólida, aunque nuevas fuentes pueden ayudar en el futuro a mejorar los datos¹.

1. Como los informes oficiales españoles sobre bajas civiles resultantes de la política de concentración (depositados en la Sección de Ultramar del Servicio Histórica Militar de Madrid) que

La segunda parte del libro aborda la cuestión de la financiación de la contienda, por medio de cuatro capítulos que tratan sucesivamente del gasto militar (cifrado en unos 4.650 millones de pesetas de la época o 1,3-1,7 billones actuales) y los beneficiarios de ese gasto (el Banco de España, la Compañía Transatlántica y la industria de armamento), de las fuentes de dinero para financiarlo (impuestos, emisión de dinero y auxilios patrióticos), de las deudas de guerra y las dificultades para obtener financiación exterior, y por último de la liquidación de la guerra por medio de las reformas de Villaverde. Maluquer pone de manifiesto que la deuda, colocada sobre todo entre ahorradores españoles (una opción no buscada que coadyuvó a la fuerte desvalorización de la peseta y a la práctica bancarota del Estado en abril de 1898, dada la magnitud de los gastos en el exterior), fue el recurso básico de financiación, y que la derrota obligó al Estado español a hacerse cargo de la pesada carga generada. El autor valora muy positivamente la labor de Villaverde, que contuvo el crecimiento de la oferta monetaria, incrementó los ingresos fiscales y en especial ordenó y redujo el peso de la deuda pública heredada. A ese respecto cabría decir que Maluquer opta por ver la botella medio llena (o llena sin paliativos: «La tarea política de Villaverde sólo puede calificarse de francamente brillante» pp. 201-202), frente a las mayores cautelas de otros historiadores. Los balances más recientes² valoran la gestión de la deuda y las decisiones en política monetaria por parte de Villaverde como respuestas audaces y efectivas a la situación del país, pero no existe un consenso semejante respecto a su reforma tributaria, que por mi parte considero profundamente conservadora e ineficaz desde el punto de vista de la flexibilización del sistema de ingresos. En cualquier caso, el modelo fiscal villaverdista no permitió que se llegara a los «presupuestos de reconstrucción» sin incurrir nuevamente en grandes problemas financieros y limitó la respuesta política a demandas sociales razonables en el terreno de los bienes públicos: en la página 207 señala Maluquer que el gasto público creció tras el 98, pero en la 138 nos recuerda que la inversión pública fue la pagana del rigor presupuestario en la primera década del siglo.

La tercera parte del libro de Maluquer analiza en tres breves capítulos el impacto inmediato de las guerras coloniales sobre la economía española: sobre la inflación, el comercio exterior y la evolución industrial. Las páginas relativas a la inflación se abren con las reflexiones del autor sobre los problemas de construcción de un índice de precios adecuado (que amplían y actualizan su labor en la recopilación de estadísticas históricas coordinada por Albert Carreras³) e incluyen un índice del coste de la vida en Barcelona, construido por el propio Maluquer. Sobre esta base, se afirma que las elevaciones de precios a corto plazo

ha estudiado el hispanista norteamericano John Tone y sobre los que ha construido una excelente ponencia («The Politics of "Deconcentration" in Cuba»), presentada en el congreso anual de 2000, de la SSPHS, en Nueva York. Coincido, por cierto, con Tone en la apreciación de que carecemos de una buena historia militar de la guerra hispano-norteamericana, a diferencia de lo que da a entender Maluquer (p. 19).

2. Véase el número monográfico de *Hacienda Pública Española*, 1999, «Villaverde en Hacienda, cien años después», coordinado por Francisco Comín y Miguel Martorell.

3. Jordi MALUQUER DE MOTES, «Precios, salarios y beneficios. La distribución funcional de la renta», en Albert CARRERAS (coord.), *Estadísticas históricas de España, siglo XIX-XX*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1989, pp. 495-532.

fueron moderadas y cortas en el entorno del 98, pero que incidieron sobre unos salarios estancados, por lo que generaron una creciente conflictividad. Procede además Maluquer a elaborar su propio índice de salarios para el período 1890-1913 que, pese a la tosquedad que el propio autor le atribuye, le permite elaborar algunas hipótesis interesantes, pero algo economicistas, sobre los ciclos de movilización social en los años anteriores a la Gran Guerra.

En el terreno del comercio exterior y de la industria, Maluquer lleva a cabo un análisis agregado de los efectos de la pérdida de las colonias. En el primer caso, su eje se sitúa en la balanza comercial entre España y Cuba antes y después del conflicto, mientras que en el segundo, sus aproximaciones se basan en los índices de producción industrial de España, Andalucía, Cataluña y el País Vasco. Si en el terreno comercial destaca Maluquer que la pérdida de las colonias contribuyó a mejorar el saldo tradicional favorable a España de las transacciones hispano-cubanas, puesto que si «no es cierto que España, con la independencia de la isla, perdiera el mercado cubano, sí lo es que Cuba perdió el mercado español» (p. 116), en el industrial subraya que la separación de las provincias ultramarinas tuvo un impacto muy diferente en cada región, por más que considera que sólo en Cantabria experimentó pérdidas importantes y precisó una reconversión. En uno y otro campo las grandes tendencias se hallan convenientemente expuestas por Maluquer: el lector se queda sin embargo con la sensación de que, precisamente por las elevadas variaciones espaciales, lo revelador sería un estudio mucho más desagregado de la coyuntura finisecular en la industria.

La cuarta parte del libro está dedicada a la recuperación post-bélica de la economía española y sus factores explicativos. Bajo el significativo título general de «Un abundante río de oro», el autor despliega los indicadores del fuerte crecimiento de la inversión privada desde 1898 en adelante, que abrió un período de «euforia» entre ese año y 1900 e incluso hasta 1905. Los capítulos 11 y 12 explican en detalle con qué fondos se financió ese crecimiento de la inversión, inducido por las expectativas de estabilidad y el crecimiento de los beneficios al término de la contienda, y estimulado por los propios mecanismos especulativos. Pese a que la movilización del ahorro interior y la elevación de los beneficios empresariales constituyeron factores decisivos en el aumento de la oferta de fondos invertibles, el autor considera aún más relevante la llegada de capitales del exterior. Los capitales extranjeros en sentido estricto, los derivados de la liquidación y repatriación de negocios y patrimonios americanos y las remesas de los emigrantes, compartieron de modo desigual el mérito de la excepcional coyuntura que abrió el siglo en España, ya que las pequeñas sumas de dinero de los emigrantes alcanzaron una cantidad probablemente superior a los capitales de indianos e inversores extranjeros. La centralidad de las remesas de los emigrantes acerca el caso español al de los otros países mediterráneos en la salida de la Gran Depresión, y coloca en sus justos términos la diferencia hispana y el alcance de la «repatriación» tras el fin del imperio.

La quinta y última parte del libro de Maluquer está dedicada a la opinión de los economistas españoles sobre la crisis del 98 y más específicamente sobre tres de los grandes temas que ésta generó: la financiación del esfuerzo bélico; la crisis monetaria; y los desequilibrios exteriores. En el primer campo, la abundante literatura producida vino a coin-

cidir tanto en la condena del despilfarro ocasionado por la guerra (aunque mientras duró ésta fueron absolutamente minoritarias las voces que reclamaron el abandono de la lucha) cuanto en la aceptación del sistema de financiación por medio de la deuda, si bien a este respecto hubo significativas voces discrepantes, que consideraban más adecuado un mayor esfuerzo fiscal (Sánchez de Toca y García Álix) o que denunciaban la desigual distribución social de los costes (que beneficiaba al «rentismo» en palabras de Flores de Lemus o incidía en mayor medida sobre los grupos de renta más baja según Bernis). Las auténticas polémicas surgieron por el contrario en los otros dos campos: el monetario y el comercio exterior. Maluquer identifica dos grandes tendencias entre los economistas coetáneos: una calificada de monetarista o cuantitativista y otra definida como negación de la anterior, aunque tuviera desde luego un contenido propio más amplio. Mientras que los primeros argumentaron una cadena causal que iba de la ampliación de la circulación fiduciaria a la depreciación de la peseta y a la inflación, y propugnaban en consecuencia una contracción rápida de la oferta monetaria para restablecer el valor de la peseta y contener los precios, los segundos subrayaban la complejidad de factores que afectaban al tipo de cambio y a la inflación, atribuyendo la primera a desequilibrios en el sector exterior, y el alza de precios más a problemas de oferta —especialmente de productos agrarios— que a las variaciones del tipo de cambio. Por ello rechazaron, con relativo éxito político, las propuestas deflacionistas del monetarismo e insistieron en una política más ambiciosa de desarrollo económico, cifrada en la ampliación de la oferta de bienes públicos (obras hidráulicas, educación, transportes) y la modernización fiscal y administrativa, acompañadas por otras propuestas más innovadoras (reducción de intereses, promoción de la inversión exterior y del turismo, fomento de las exportaciones...). Cosa bien distinta es que esa opción doctrinal se tradujera en políticas eficaces, dada la escasa capacidad del sistema político para definir y aplicar grandes reformas. Trascendiendo las polémicas específicas entre especialistas (que desmenuza y resume con claridad), subraya Maluquer que los años posteriores al 98 asistieron a la difusión de la literatura económica y de la conciencia del atraso y la necesidad de su remedio. A esa cuestión, o más bien a la del tránsito «de la Gran Depresión a la modernización», dedica sus conclusiones. En éstas el optimismo global implícito en el subtítulo del libro sólo tiene el contrapunto de la «vocación de economía periférica» que atribuye a España: ocurre sin embargo que las periferias europeas no han sido siempre las mismas y la «vocación» española pareció afirmarse tras el 98. Para hallar las razones de esa afirmación, la historia económica debería dialogar más con la historia política y la social, y la consideración coyuntural de la economía tendría que prolongarse en la visión de largo plazo. Ese es, sin embargo, otro libro. *España en la crisis de 1898* revisa lugares comunes, demarca el terreno y ofrece un nuevo punto de partida para entender qué fue y qué no fue el Desastre en los ámbitos financiero, monetario y comercial, convirtiéndose así en uno de los mejores legados historiográficos de los fastos conmemorativos.

JUAN PAN-MONTOJO